

Fahrenheit 450

Si bien es cierto que conocía a la lectura desde temprana edad, no lo hice con mayúscula hasta que tenía catorce años. ¿Con mayúscula? Así es, pese a que no le esperaba de aquella manera. Escribo esto para que quede constancia del hecho, más en estos tiempos que corren y dada mi posición actual.

Hallándome yo sentado en una biblioteca hace ya bastante, leyendo un libro cuyo título no recuerdo, noté que alguien se sentaba cerca de mí. Ciertamente es que me dejó desconcertado: ¿alguien en una biblioteca? Hasta ese momento, daba por sentado que yo era el único usuario de aquel recinto en particular, probablemente de todos los de la ciudad.

¿Por qué era esto? Poco a poco, casi sin darse cuenta, la gente había dejado de leer. El buen hábito es fácilmente sustituido por otras cosas. Sin embargo, yo no me dejé engañar, si bien es cierto que pasé un periodo apartado de la lectura hasta que volví a descubrir sus maravillas.

Leer se convirtió en algo extraño, propio de una minoría. Así, empezamos a ser excluidos socialmente por el simple hecho de disfrutar pasando páginas. Y, finalmente, iban a “ilegalizar” la lectura. No iba a estar vetada, por supuesto que no, pero ya no se imprimirían más libros ni dedicar más dinero a bibliotecas. Paulatinamente, irían cerrando por falta de fondos... hasta que no quedara nada de lo que una vez fue.

Estando así la situación, es obvio que me resultara extraño que alguien entrara a una biblioteca. No solo eso, sino que se sentara en una silla. El libro que tenía yo en mis manos no era nada del otro mundo, así que decidí centrar mi atención en el recién llegado.

Pude observar que era una mujer joven, no pasaría de la treintena. Sus ojos azules me miraban atentamente. Llevaba el moreno cabello recogido en una coleta, además de unas gafas redondas. Su indumentaria era un vestido con letras estampadas en él. Al percatarse de que le observaba, me sonrió.

-Buenos días.-saludé.

-¿A qué te refieres con buenos días? ¿Me deseas que...?-comenzó una célebre cita.

-Me refiero a que hoy hace un buen día, y creo conveniente remarcarlo.-interrumpí.

Pareció satisfecha por mi respuesta.

-¿No va a leer ningún libro?-pregunté, viendo que se limitaba a observarme.

-No me hace falta. Ya me los sé.

-¿Todos?

-Todos.

-Eso es imposible.-protesté.-Llevo viniendo aquí desde que era un niño, y jamás me he encontrado a nadie salvo al viejo bibliotecario. Usted no puede saber la trama de todos los libros.

-Llevo más tiempo que tú en este planeta. Eso es más tiempo para leer.

-Pero... ¡es imposible que haya leído todos! Hay muchos, ¿ve?-señalé las estanterías.- Alguno debió de dejarse. ¿Qué le hace saber que no olvidó ninguno?-insistí.

-Yo soy yo.-se limitó a responder ella.

-¿Y quién es usted?

Sonrió aún más.

-¿Ya no te acuerdas de mí? Nos conocemos desde hace mucho.

-¿Disculpe? No recuerdo haberle visto antes.

-Oh, por supuesto que no recuerdas. Quizás me hayas visto... de otra forma. Te garantizo que, antes de entrar yo, me estabas viendo en cierto modo.

-No comprendo.-expresé sin más.- ¿Quién es usted?

-Soy la Lectura.-dijo.

-¿La lectura? ¡Eso no es posible!

-Sin embargo, aquí estoy yo.

-¡La lectura no es algo material!

-En eso llevas razón. Podemos decir que no soy la lectura en sí, sino el conocimiento que ha sido escrito alguna vez. Por eso he leído todos los libros: *soy* todos los libros.

-Si en verdad es usted la Lectura, demuéstremelo.

-Por supuesto, pero puedes tutearme. Pregúntame cualquier cosa que hayas leído alguna vez, de cualquier libro, aunque nunca hayas hablado con nadie sobre ello.

-¿Cuál es la última palabra de la rima XXIII de...?

-Beso.-dijo antes de que yo terminara.

-Esa era fácil. ¿Y qué pasa al final de...?

-Hay un monólogo del padre.

-Muy sencillo, también. Ahora, una imposible: cuando en el capítulo tres de mi libro...

-Todos se lamentan, pero es una excusa perfecta para desaparecer.-interrumpió una tercera vez.

En esta ocasión, sí que le creí. Nadie había oído hablar del libro que yo había escrito, sin embargo ella conocía la respuesta.

-¡Así que eres tú! Pero... ¿cómo?

-¿Lo dudabas? Digamos que soy un concepto complicado de comprender. Cada vez que alguien deja constancia de algo, pasa a ser parte de mí. ¿Ves? Por eso llevo el vestido de letras, en representación de quién soy. Nací al mismo tiempo que la escritura, hace ya bastante.

-¿La escritura también es humana?

-No, solo yo. De todos modos, no soy como tú.

-¿Y qué eres?

-Un concepto con conciencia propia que se ha hecho visible.

-Ya veo...

-Puede costar de comprender. Pero al final, podrás saber.

-¿Y por qué estás aquí?-cambié de tema.

-Venía a hacerle una visita a uno de los pocos que aún me respeta, aunque sin saberlo.

-¡Es cierto!-caí en la cuenta.-Si nadie lee, y nadie escribe... ¡entonces vas a desaparecer!

Rió, y su risa sonó clara y sabia.

-Ay, ingenuo. ¿No ves que nunca muero? Aunque no haya más, siempre soy lo que fui.

-¡Pero la gente se está deshaciendo de los libros!

-Ese es un problema menor. Al hacerlo, no acaban conmigo: me debilitan. Aunque todos los libros desaparecieran, siempre habrá algo de conocimiento escrito. Una palabra en la arena, una pintada en una pared... basta con eso. Al contrario que un libro, si llego a Fahrenheit 451 nunca arderé. Siempre estaré un grado más abajo: en el Fahrenheit 450. Y, de algún modo u otro, volveré a surgir...

-¡Eso es!-exclamé yo, entusiasmado.- ¡Nunca morirás!

-Nunca moriré. Siempre estaré aquí, a tu lado... y al lado de los que leen.

-Sin embargo, aún me quedan muchas dudas. ¿Cómo naciste exactamente? ¿Cómo te materializas? ¿Dónde vives?-quise saber.

-Tiempo al tiempo. Y de eso, tienes mucho.

-Los humanos tenemos el tiempo contado.-recordé.

-Tú ya no.

-¿Cómo?

Sonrió una vez más.

-Leyendo, no te das cuenta del paso del tiempo. Hasta que no sales de la historia, no te das cuenta de qué hora es. Y, en verdad, el tiempo se detiene. Sin embargo, al levantar la vista del papel, todo tu tiempo cancelado cae de golpe.

-¿Es eso cierto?

-Yo nunca te mentaría. Tengo suficientes versiones para saber la verdad. Pero de vuelta al tema, el motivo por el que estoy aquí es que has sido elegido.

-¿Elegido?

-A partir de ahora, siempre y cuando aceptes, eres mi ayudante oficial. Si aceptas, el tiempo no correrá por ti. Me ayudarás a volver a ser yo, en mi pleno apogeo. En recompensa, podrás hablar conmigo. Saber todo lo que quieras. Escribir. Leer. Yo te cuidaré. Tan solo hay un inconveniente: si alguna vez decides dejar de estar conmigo, fallecerás al instante. Todo el tiempo volverá a ti.

Quedé meditativo.

-¿Qué te queda aquí? ¿Un mundo sin mí? ¿En el que cierren las bibliotecas?

-No. No quiero eso.

Me tendió la mano.

-¿Por un mundo lector?

-Por un mundo lector.

Estreché su cálida mano, y ahí empezó nuestra relación.

-Bienvenido a casa.-sonrió una vez más.

-Ya he vuelto.

Así comenzó mi vida con la Lectura.

Fin